

LA VISITA DEL ESCRITOR

Anthón OBESO

Fue lo primero que hizo cuando llegó. Pasó el puente, el que comunmente denominados “del Panier”, y se paró, apoyándose ligeramente en una de las pilastras de entrada que todavía subsisten del abandonado Restaurante Panier Fleuri, fijando su mirada en un espacio al otro lado de la calle en que, tiempos atrás, hubo una casa. Se trataba de una edificación de dos pisos y una planta baja donde se hallaba establecido un comercio, una tienda de perfumería, concretamente, y una amplia trastienda donde se elabora el delicado producto.

El había nacido allí, en aquel espacio vacío ahora, y que, en el pasado, se ubicaba una casa pintada de amarillo, en cuya fachada, la que daba al río y a la carretera general, había un cartelón que rezaba: Fábrica de Perfumes. Cartelón que ocupaba la pared de una esquina a la otra del edificio. Había vivido en aquel hogar, junto a sus padres y hermanos, hasta que cumplió los 25 años en que, por imperativos familiares, se trasladó a Santiago de Chile, en un día de la primavera de 1959, hace ya, por lo tanto, 32 años.

El hombre, apoyado ligeramente en la pilastra, y que el transcurso de los años ha teñido de blanco sus cabellos, tan negros en su juventud, con su mirada clavada en aquel espacio vacío ahora, no pudo evitar que sus ojos se humedecieran cuando los recuerdos se agolparon en su mente.

Jesús Capo, que no es otro nuestro hombre, se ha parado ante su pasado dejando que los acontecimientos en los que tuvo parte vuelvan a transcurrir en la memoria. La puerta de la tienda se abre. Los clientes son atendidos por cualquiera de los mayores de la familia; Pilar, la hermana mayor, o Conchita, la segunda en el escalafón, o Eduardo, el hermano que le antecede, o la misma madre, o el padre. Don Eduardo, el padre, el hombre que dejó su Cataluña natal para, en definitiva, instalarse en

Rentería, más bien se ocupa en la trastienda de preparar las cremas y perfumes, mientras, de vez en cuando, tira de su pipa mientras le dura el tabaco que, en aquel tiempo de escaseces, le era posible adquirir. Y, cuando no tenía tabaco, dejaba la pipa apagada en su boca como una esperanza. ¿Te acuerdas?. Mientras los más jóvenes, José Antonio, Pepita y Enrique se dedican a sus cosas. O juegan con el perro. Un pastor alemán, enorme. ¿No era así, Jesús?. Por lo menos, nos parecía así, enorme. Y que, evidentemente, suponía un verdadero obstáculo para que los amigos entráramos en la casa. Bueno, de primeras. “No hace nada”. “No te preocupes”. Deciais. Hasta que le conocía a uno. Y luego entrábamos como si fuera la propia casa de uno. Así era. Y, hasta la cocina. Allí, al fondo. Después de la trastienda. Donde la familia hacía la vida y los amigos estábamos tan en compañía.

¿Cómo lo ves ahora, Jesús, después de 32 años de ausencia, ahí, parado, apoyado en la pilastra del abandonado Panier?. Sí que hace catorce años estuviste también. Pero, ahora, algo ha cambiado. Tu motivo, en este momento, de estar ahí, parado ante el vacío donde estuvo tu hogar, es haber ganado el Premio Cáceres de Literatura, con tu novela “El cañón”, que te ha dado ocasión para este largo viaje desde Chile. ¿No estarás ahora como el protagonista de tu relato, “En busca del argumento perdido”, contemplando tu pasado y diciéndote como él?: “Considero fundamental para mi iniciada profesión de escritor, bucear en mis mejores recuerdos, sumirse hora tras hora buscando algo, algo importante, que gravite, algo que diga algo... por eso no importa que me demore horas, o días, si hace falta años, buscando la anécdota vital...”

Tú no eres un escritor que inicias, como el de tu relato, llevas ya muchos años en la brecha de la profesión. Pero resulta que ahora estás de pronto ahí, ante tu pasado. Están ahí tu familia, los sucesos, el barrio, los amigos... ¿Te acuerdas?. Salías de casa y te los encontrabas en la calle. Porque la calle era nuestra, de los chavales. Corriamos a nuestro aire, para un lado y para otro, como si todo el espacio fuera nuestro. Y ahí te los encontrabas, a Zapa, a Poli, a Pescadilla, a Chumbalé, a todos.



Foto: JOSÉ LUIS OBESO

Sí que los recuerdas. Claro que sí. Me los has mencionado unas cuantas veces. Juan Marsé tampoco los olvidó nunca. Y tú, Jesús, no has tenido ahora más que darte una vuelta por los bares del txoko con los amigos que has ido reencontrando, ahora, después de treinta y dos años, y, como el personaje de tu relato, te habrás dicho: "Vamos tomando esa copa de vino y el argumento pienso que está ya a mi alcance".

Cantidad de sucesos para contar. Eso es lo que estás pensando mientras miras fijamente ese espacio vacío. ¿Cómo detener el instante para traspasar a los folios, con el tiempo necesario, todo lo que se te está proyectando en el recuerdo?. Es algo así como cuando te asomabas a la ventana de casa y veías fluir el río siempre, continuamente, sin un momento de tregua. Pausadamente. Hasta que sucedía lo inesperado y venía la crecida después de unas lluvias torrenciales y las aguas se desbordaban con la consiguiente tragedia, alguna vez. Sucedió, ¿verdad?. ¿Lo recuerdas?. La más dramática fue cuando éramos todavía muy niños. Pero es imposible olvidarlo por las fotografías que de algún modo retienen un tiempo y, sobre todo, por todo lo que nuestros mayores nos contaron. El agua se llevó por delante todo lo que encontraba. Como a veces ha sucedido con la vida. Porque también jugábamos en el río. ¿Te acuerdas de aquella barca que hizo Eduardo con la pretensión de hacerla flotar con él mismo encima?. ¿Y cuando tirábamos las piedras planas haciéndolas patinar sobre el agua?. Y cuántas barcas de papel, intentando hacer carreras. Debajo del puente, además, había un espacio suficiente como para sentarnos en reuniones que bien pudieran parecer conspiraciones a intentar.

El suceso de la Guerra nos sorprendió también cuando todavía éramos lo suficientemente niños para darnos cuenta de la gravedad del evento. Pero, cuando estaba ya acabando, sí que éramos conscientes de lo que pasaba. ¡Y tanta tragedia!. Y después las secuelas se hicieron notar, cómo no, en la escasez de alimentos. Y podíamos ver el desánimo de nuestras madres en su dificultad para preparar el suficiente alimento para satisfacer el apetito, sobre todo, de los más chicos. ¿Te acuerdas tú, Jesús?. Claro que sí. También lo hemos comentado largamente. Habría que preguntarles ahora a Chumbalé, a Pescadilla, y demás sobre su experiencia de aquellos años de racionamiento. ¿No te parece?. Quizá está en tu propio recuerdo, y en tu pluma, por lo tanto, las vivencias de tu cuadrilla del barrio.

El tranvía blanco daba la vuelta a la Alameda y era, quizá, la preocupación constante de las madres que tuviéramos mucho cuidado a su paso. Los bravos, los más lanzados, hacían sus "montadillas" ante el asombro y la envidia de los demás. Hasta que un día uno se arriesgaba, corría, asía con fuerza el balaustre y después de precipitada carrera saltaba poniendo el pie sobre el peldaño y la sensación, la enorme sensación de haberlo conseguido. Y luego venía lo más difícil, saltar. Saltar en marcha. Pues a veces se complicaba la maniobra al aparecer el cobrador y no disponer del tiempo necesario para que el salto fuera posible con la debida precaución. Y luego sucedía que en casa se habían enterado, no sabes cómo, quizá algún conocido que viajaba en el mismo tranvía se había ido con el cuento a tu madre y... Claro que, un traspies en la práctica de tal "deporte" podía ser de lo más lamentable. Se decía de alguien que en este juego había caído bajo la rueda quedándose sin una pierna. No sé si lo decían por asustarnos.

Nos fuimos haciendo mayores en la calle. Después de jugar al marrus, a las canicas, a las chivas, a los aros, a dar patadas a cualquier bote intentando un partido de fútbol y robar manzanas en los caseríos de arriba de la Papelera y algarrobas en los vagones del ferrocarril, que de alguna manera había que matar, a veces, la gazuza en aquellos años del racionamiento y seguimos, luego, concurriendo al campo de Larzabal para animar a nuestro Touring del David, Talo y demás. Un domingo al mes, parecíamos buenos, y Los Luises nos congregaba a toda la chavalería en la Parroquia en la misa de las nueve. Creo recordar. Y don José Luis, desde el púlpito, nos decía todo aquello de có-

mo seguir siendo bueno sin desmayar en el propósito, o cosa parecida. A su parecer el cine no entraba en los planes divinos, pero a nosotros empezaba a gustarnos demasiado. Y después de Stan Laureen llegaban las de Jorge Negrete, ya sabes tú, las mejicanadas, y pronto estuvieron las del Oeste y las de piratas. Errol Flynn hacía de espadachín en no sé cuántas películas, y poco menos que nos poníamos bajo su sombrero en "La carga de la brigada ligera" y, qué me dices, en "Murieron con las botas puestas". Pero un nuevo elemento perturbador empezaba a entrar en nuestras vidas. Ya no era sólo el Errol Flynn con sus saltos y galopadas; su compañera, de tantas películas, Olivia de Havilland, con su gesto candoroso, nos hacía temblar el corazón cuando aparecía en la pantalla. Y así sucedió también con el Tyrone Power. ¿Te acuerdas tú de "El signo del Zorro", de "Tierra de audaces", de "El hijo de la furia", de "El cisne negro"?, acaso ya no. Acaso ya no te acuerdas ya de estas películas. Pero, ¿qué me dices de la pelirroja Mauren O'Hara que en tantas aventuras le acompañó?. ¡Ya, sí, claro!. ¿Cómo no te vas a acordar?! Y cuando empezamos a pedir "favores" en la Alameda, pretendíamos bailar con la más guapa y que, a poder ser, se pareciera a Elizabeth Taylor. ¿No es así, Jesús?. Y si acudir al On-bide y al Reina era entrar en mundos de ilusión y fantasía, después que dejáramos, tiempos atrás, al Guerrero del Antifaz y a Roberto Alcazar y Pedrín, entrar un domingo en el Rosa, en el Guría, en el Maite, en el Mendiola, o en cualquier otro bar del pueblo, y pedir un vermut, antes de ir a casa a comer, o un café y copa, antes del partido de fútbol, era, ¿te acuerdas?, sentir la libertad en cada centímetro cuadrado de la piel de nuestro cuerpo. De verdadero escalofrío, muchacho. Lo que pasa es que luego la costumbre embota estos iniciales sentimientos, pero...¿las primeras veces; justo haber estrenado tu pantalón largo?!

Jesús, nuestro escritor renteriano, ha vuelto a Chile. Ganador, en Chile, del 2.º Premio Gabriela Mistral de Teatro, en 1981, del Premio España en el 1er. Concurso Nacional de Cuento Corto, y haber obtenido, también, el Premio del Pen Club de Chile por su libro de cuentos "Débiles y Malditos" y, últimamente el Premio Cáceres, aquí, con una novela corta, después de unas semanas en el txoko, ha concluido su visita. Transcurridos 32 años de ausencia, prácticamente, tenía una cita con el pasado. Es por ello que se detuvo receptivo ante el vacío donde radicó el hogar que le vio nacer y dejó que las vivencias de su niñez y juventud le invadieran el recuerdo. Puede que esta experiencia le sea válida para que una nueva obra surja de su pluma.

